

AGENDA CIUDADANA

¿LUZ AL FINAL DEL TUNEL, O TUNEL AL FINAL DE LA PENUMBRA?

Lorenzo Meyer

Una Pregunta Pertinente.— Tras volver a derrotar a uno de sus perfectos enemigos --el gobernador de Puebla, Manuel Bartlett-- el PAN se ha reintegrado al proceso de negociación para reformar las reglas del juego electoral. Es pues este un buen momento para averiguar donde estamos en este interminable proceso en que se ha convertido la transición política mexicana. Hay que preguntarse si lo que se ve delante es la luz al final del túnel --posición optimista--, o si en realidad estamos en la penumbra y lo que vemos al final es justamente el principio de un túnel: ¿nos encontramos ya cerca del final del largo y penoso proceso de transición a la democracia? o en realidad estamos en la antesala de una situación peor.

Antes de intentar algún tipo de respuesta a la interrogante anterior, conviene notar la existencia de un hecho positivo: el acuerdo, al menos en el discurso, entre casi todos los actores políticos, de que tal y como estamos ahora no podemos seguir, pues la actual no es una situación sostenible: las instituciones antiguas casi no funcionan y se han convertido en un *ancien régime*, y las nuevas --el *nouveau régime*-- siguen sin definirse cabalmente o aún no aparecen. El resultado es la desconfianza sistemática y la desmoralización permanente.

El Ancien Régime.— Como teóricos de la política, los mexicanos no nos hemos distinguido. Poco realmente original e importante en esa materia se ha producido en nuestro país, sea en sus círculos intelectuales y académicos o en las discusiones

parlamentarias. Sin embargo, en la política práctica la situación cambia; ahí la originalidad es innegable, aunque se trata de una originalidad que difícilmente ha podido cuadrar con la legitimidad de la época. En efecto, en este siglo, el mexicano es el sistema que por más tiempo ha podido combinar una estabilidad notable, una legitimidad no democrática y un férreo monopolio del poder por un grupo que primero lo ganó en el campo de batalla y luego lo institucionalizó mediante de un partido de Estado.

Estabilidad, predictibilidad, incredulidad, partido de Estado y una presidencia sin límites reales, son cinco de las más notables características del sistema político mexicano. La medida de la estabilidad la da el hecho de que desde 1920 ninguna acción violenta ha podido interrumpir el proceso formal de elección y transmisión del poder. La predictibilidad, por su parte, se basa en que, desde el inicio en 1917, la oposición electoral no ha podido hacerse nunca de las riendas del poder a nivel nacional. La incredulidad proviene del hecho de que el resultado del proceso electoral --normalmente favorable al gobierno-- ha carecido de contenido, y por tanto, el ciudadano no le ha dado al voto el valor que tiene donde ha habido alternancia en el poder.

Estabilidad, predictibilidad e incredulidad, han sido el producto natural de las otras dos características del sistema: la presidencia fuerte y un partido de Estado convenientemente disfrazado de partido dominante. A partir de 1935 se institucionalizó una presidencia todopoderosa. En poco tiempo el carisma de líderes de la talla de los que hubo de Benito Juárez a Lázaro Cárdenas, se trasladó a la institución presidencial,

haciendo de la política algo mucho menos personal y más institucional. Finalmente, desde su nacimiento con el poder en las manos, la troika PNR, PRM, PRI, contó con recursos gubernamentales, corporativos y privados, que sistemáticamente sobrepasaron por cientos o mil veces --como lo acaba de demostrar el paquete de documentos hecho público en relación a los gastos del PRI en Tabasco en 1994-- los recursos de los partidos de oposición, desde Vasconcelos hasta Cuauhtémoc Cárdenas.

El Cambio.- Es claro que las cinco características del régimen priísta aquí mencionadas, ya no son hoy lo que fueron en su período clásico, los tres decenios comprendidos entre los años cuarenta y sesenta, y justamente por ello ya se puede hablar de lo que hoy existe como de un *ancien régime*. La estabilidad continúa, pero esta prendida de alfileres, como lo muestra la persistencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) a pesar de su poca capacidad militar y la enorme fuerza de la más de media docena de zonas militares federales que le rodean en Chiapas, Tabasco y la Península de Yucatán.

En el extremo opuesto de la legitimidad y moral alcanzada por los indígenas chiapanecos, está el poder brutal del narcotráfico. El Estado es, por definición, el poseedor del monopolio de la violencia legítima, pero eso ya no significa nada en la práctica pues la violencia ilegítima de los carteles de la droga le ha ganado varias batallas a la fuerza legítima porque ha infiltrado a sus cuerpos armados: a la policía y al ejército. Pero no es sólo el grupo organizado de narcotraficantes los que han puesto en entredicho la utilidad de la violencia legítima

del Estado, también lo han hecho organizaciones criminales relativamente modestas como las que controlan el tráfico de autos robados y el secuestro.

La famosa predictibilidad del pasado empezó a venirse abajo a partir de 1989. Fue entonces cuando, para contrarrestar el gran fraude de 1988, el gobierno central ordenó que se reconociera al PAN su triunfo en Baja California, única manera de poder actuar a la manera tradicional en Guerrero y Michoacán. Después de Baja California y por las mismas razones, otros tres estados han caído en manos del panismo así como un buen número de municipios; a contracorriente, el PRD también se ha hecho presente como gobierno a nivel municipal. El Senado ya dejó de ser un coto exclusivamente priísta y la Cámara de Diputados así como el gobierno del Distrito Federal pudieran quedar en manos de la oposición en las elecciones de 1997. Ya no es posible estar cierto, como antes, de quien saldrá victorioso de los procesos electorales.

Las elecciones mexicanas, desde el siglo XIX, fueron ejercicios de manipulación y su resultado prácticamente nunca resultó creíble, por tanto, tampoco fueron fuente de legitimidad. La Revolución Mexicana no significó un cambio en este campo; sus elecciones fueron un mero trámite vacío de contenido, a veces porque simplemente no había contendiente frente al candidato oficial y otras, las contendidas, se vieron teñidas por el fraude. La incredulidad ciudadana frente a las elecciones no resultó un gran problema para la autoridad pues contó con una fuente alternativa de legitimidad. Esta alternativa fue una

presidencia que disponía de recursos cada vez mayores porque la economía crecía y el sector paraestatal se expandía, pero hace tiempo que este dejó de ser ese el caso. Ahora que esa legitimidad pragmática --dar algo a todos, por contradictorias que fueran las demandas y necesidades de obreros y empresarios, ejidatarios y terratenientes, clases medias y marginados-- ya no funciona porque la economía ha decaído, el sector estatal se ha achicado y la lógica del mercado se impone sobre las necesidades políticas del presidencialismo. En estas nuevas condiciones, la única alternativa es buscar la legitimidad inicial en las elecciones, como ocurre en todos los otros sistemas políticos modernos. Sin embargo, aquí nos topamos con las herencias del pasado: por definición, mientras sobreviva el partido de Estado, ni el fraude ni la inequidad podrán desaparecer, y mientras éstas existan, no podrá echar raíces la credibilidad que exige la legitimidad política del nuevo régimen.

Veamos las dos características más conocidas de nuestro sistema: el partido de Estado y el presidencialismo. El PRI se prepara para una nueva asamblea y para una nueva contienda electoral a nivel nacional, pero se trata ya de un partido debilitado. Y la debilidad no viene sólo de haber tenido que admitir derrotas electorales y fracasos en sus proyectos de gobierno, sino que su dogma ideológico es cada vez más difícil de sostener: la obediencia ciega a, y la confianza total en, su jefe nato, el Presidente de la República. por otra parte, un aparato estatal cada vez más acotado por la oposición y la opinión pública no puede seguir siendo la fuente inagotable de recursos

que una vez fue. Si la teoría dice que para ganar una guerra de guerrillas el ejército debe tener por lo menos una superioridad de diez a uno sobre el enemigo, la teoría del partido de Estado a la mexicana requiere de una superioridad en recursos materiales de cien o mil a uno (recuérdese la petición de Carlos Salinas a los empresarios en 1993: 625 millones de dólares, como parte del gasto para ganar las elecciones de 1994).

Finalmente, el presidencialismo. No hay duda de que hoy la presidencia sigue siendo la institución más fuerte de todo el sistema político, pero su debilitamiento relativo es creciente e irreversible. Las razones de ese debilitamiento son múltiples: los cambios en la cultura cívica local y mundial y los fracasos sucesivos de los últimos seis sexenios. Factores más cercanos son: el asesinato del candidato presidencial del PRI en 1994, la inauguración del nuevo presidente, Ernesto Zedillo, con una crisis económica monumental, las fracturas y corrupción evidentes dentro de los círculos que rodean a la presidencia, las contradicciones sistemáticas en materia política, las dificultades presidenciales para imponerse sobre gobernadores rebeldes. Por último, también están las deficiencias personales de un presidente educado como tecnócrata y que le impiden asumir el papel de político y estadista que la época requiere.

¿Luz o Túnel?.- En resumen, el viejo sistema esta moribundo, pero se resiste a desaparecer y a dejar su lugar a otro nuevo, que eche las nuevas bases para una estabilidad democrática. Hoy, la lucha se libra entre lo obsoleto pero con enormes intereses creados y lo nuevo, con legitimidad pero con un apoyo difuso y

confuso por parte de una sociedad que nunca ha experimentado el cambio ordenado de sistema y, menos aún, la democracia. Hay, sin embargo, razones para ser optimista, pues la globalización no toleraría un retorno mexicano al autoritarismo, aunque nadie ha escriturado a los mexicanos que la democracia se inaugurará este fin de siglo. por lo anterior, hay que ser muy exigentes con nosotros mismos y mantener una exigencia creciente para que las elecciones de 1997 sean inéditas: absolutamente limpias e imparciales. Sólo así nos toparemos en el 2000 con la luz y no con el túnel.